

dos por el aire imperioso del mando, ó atados por ineptos deberes, no pueden correr rápidamente como una chispa eléctrica y propagarse por toda la concurrencia, disipándose la alegría y el placer para ser reemplazados por el mortal tirano del enfado.

Mas el jóven no escusará la conversacion de las mugeres honestas; porque solamente en su compañía aprenderá á templar la efervescencia de la edad, á ennoblecer con gracia sus maneras, á plegar sus movimientos con aire, la placibilidad del discurso sin vileza, la modestia sin timidez, el valor sin ímpetu, el brio que sabe respetar la decencia, la alegría que no se vuelve desatentada, aquellas finas atenciones que previenen los deseos sin manifestar ocuparse de ellas, y aquel libre y cordial conversar que no degenera en confianza temeraria y plebeya.

Swift atribuye la decadencia de la conversacion en Inglaterra, á la exclusion de las mugeres; de aquí nació una familiaridad ordinaria que lleva el título de alegría y libertad inocente; "hábito dañoso, " dice, en nuestros climas del Norte, donde la poca " finura y decencia que tenemos se ha introducido " de contrabando, por decirlo así, y contra la inclinacion natural que nos impele continuamente á " la barbarie y solo se mantiene por artificio."



CAPÍTULO IV.

1º *Asuntos de las conversaciones en tertulia.*

CUALQUIER argumento, ya frívolo ó grave, bajo ó sublime, serio ó chistoso, puede ser propio de la conversacion, con tal que agrade á los concurrentes y no ofenda la moral.

Los poetas satíricos han querido sobre esto establecer límites muy estrechos. Así es que: 1º ponen en ridículo las preguntas relativas á la *salud*, como si ella no fuera el objeto mas interesante para los hombres y no valiera una buena digestion por cien años de inmortalidad. 2º No quieren que se hable del *tiempo*, como si las vicisitudes de las estaciones no influyeran sobre el estado fisico y moral de la especie humana, sobre los productos del campo, sobre el curso del comercio, y no pocas veces sobre los pensamientos de los hombres grandes y pequeños; y como si no estuviesen ocupados diariamente los fisicos en observar su curso progresivo, retrógrado é irregular. 3º Algun poeta se burla, porque en las conversaciones se suela hablar de artes y comercio, de paz y guerra, de gobierno y política, y pretende luego que seria mejor ocuparse de los satélites de Júpiter y del anillo de Saturno.

Ciertamente que aun Júpiter y Saturno pueden ser objeto de las conversaciones, y es muy de desear que lo sean, tanto porque nutren el ánimo con ideas sublimes, como porque sirven de guía al navegante que anda errante sobre la vasta superficie de los mares. ¿Pero se habria vedado á los romanos hablar cuando César obtuvo del senado el derecho sobre todas las mugeres? ¿Cuando Vespasiano, que tan tierno se mostraba por el bien del pueblo, impuso una contribucion sobre una de las secreciones mas frecuentes al dia de uno de los líquidos de nuestra máquina fisica? Hay cosas que nos tocan tan de cerca, que es muy difícil no discurrir sobre ellas, como es difícil no decir ¡ay! cuando el fuego nos quema. Si ademas, por una razon contraria, se reflexiona que el objeto principal de los que se reunen en un círculo amigable, es entretenerse y reir, se notará que es imposible alegar los argumentos ridículos de cualquiera fuente que provengan. Los romanos no podian contener la risa cuando hablaban del emperador Constancio, porque estando en público, no osaba mover la cabeza, ni hacer un gesto, ni toser, ni escupir, lisonjeándose con esto de hacer mas imponente la dignidad imperial. El retórico Temistio, hecho senador por Constancio, trasformó al emperador que no sabia escupir, en el mas gran filósofo del universo; ¿habria sido posible que no riesen los romanos de uno y otro?

Puede hablarse sin conocimientos de la paz y la

guerra como de las calabazas y los rábanos; el límite, pues, que deba fijarse al discurso en las conversaciones, salva la moral como se ha dicho, debe tomarse no de la cualidad del argumento, sino de la ignorancia del que habla ó del fastidio del que escucha.

Despues de haber escludido de las tertulias los discursos mas interesantes, se les reprocha de que se ocupan de cosas frívolas; con cuya censura se dá á entender haberse olvidado que el principal objeto de las conversaciones de esta clase es el placer. Si el campo en que éste se presenta es de suyo tan estrecho, ¿por qué se quiere restringirlo mas? Quanto mas entregado está el espíritu á las cosas serias, mas saborea el contraste de las frivolidades. En los momentos de ocio no se avergonzaba Esopo de jugar á las nueces, Caton á la pelota, Pascal de hacer zapatos, Malebranche de guisar. Ciceron dice de Lelio y de Escipion, que retirados al campo no se desdeñaban de entretenerse como niños, *incredibiliter repuescere*. El mismo Ciceron decia que alguna vez convenia deponer la gravedad del juicio: *oportet aliquando insanire*. Estas frivolidades ofrecen un entretenimiento necesario, que ninguna huella dejan en el ánimo luego que se disipan.

Chesterfield dice, que las frivolidades de las tertulias son la recompensa de las almas pequeñas, que no piensan ni gustan pensar. Podria preguntarse á este escritor si él se dormia por pensar. Las fri-

volidades de las conversaciones semejantes á las vagas imágenes del sueño, sirven para hacernos reir y nada mas. Cánsase uno al grado de no poder estar de pié, y se le aconseja que pasee? ¿Qué se diría de un hombre á quien para desterrarle la melancolía, se le pusiese en las manos las *Noches de Young*? Es de admirar á los que despues del estudio y los graves negocios del gabinete pueden volver á uno y otros en las tertulias; pero no se puede despreciar á los que luego que han cumplido sus deberes, necesitan de reposo. Así como las comidas no son escelentes sino cuando contentan todos los gustos, así no son escelentes las conversaciones si no presentan una variedad de asuntos correspondientes á las necesidades de cada uno.

Generalmente hablando, los discursos sérios no pueden agradar á la mayor parte de los concurrentes á una tertulia; porque la mayor parte van á buscar en las conversaciones reposo á la reflexion y pasto á la fantasía. No es de aprobarse por esto la conducta de Locke, que mientras los señores Halifax, Anglesey y Shaftesbury jugaban entre sí, él se ocupaba en escribir las palabras que salian de su boca. ¿Por qué reis, le preguntó Anglesey? Porque nada pierdo de cuanto decís, respondió el filósofo, y les mostró la nota de las palabras poco sensatas que habia dicho cada jugador. Esta censura era inoportuna, porque cuando juegan algunas personas, y solo para divertirse, no se debe esperar que

argumenten en *bárbara* ó en *baralípton*. Cuando tomamos una medicina ¿observamos si es blanca ó negra, ligera ó pesada, bonita ó fea, graciosa ó no á la vista? Ella nos dá la salud, y hasta.

2º. Asuntos generalmente enfadosos.

Suelen ser asuntos enfadosos y opuestos al objeto de una tertulia, los siguientes:

I. *Los incesantes lamentos sobre males que no se puedan remediar.* Acaso la conversacion en lugar de ser un tejido de discursos agradables y amenos, es una efectiva lloradera, ó mas bien, un *miserere*. Si alguno consigue hacer olvidar los males comunes, este ó aquél de los circunstantes los recuerda con circunstancias nuevas y agrava el sentimiento doloroso con la perspectiva de un porvenir peor. ¿Qué se diría de los esclavos que para divertirse hablasen de sus cadenas? Este es un defecto comun en los viejos, que no saben abrir el ánimo á la esperanza; en los ignorantes, incapaces de mirar las cosas bajo sus varios aspectos; en las mentes flacas que sucumben en cada lucha. Algunos encubren esta habitud incivil con el sentimiento de compasion por los males ajenos, es decir, que por mostrarse compasivos hácia los ausentes atormentan á los presentes. *Pedro ha muerto repentinamente; Pablo se ha matado; las semillas están carísimas; las tempestades, granizadas y el mal tiempo han destruido las cosechas; las contribu-*

ciones son excesivas; la guerra es inminente, y la peste ya se acerca. Poco falta para que nos predigan el fin del mundo, como se usaba en tiempos de antaño y como todavía se insinúa la idea en los discursos de la plebe cuando se ve afligida de alguna calamidad, y mas si ha llegado á su noticia lo que han soñado algunos menguados escritores visionarios, que no faltan, por parecer originales y en comercio esclusivo con el cielo.

Seria locura pretender que no se sientan los males de la vida; pero es todavía mayor no esforzarse á olvidarlos. Seria imprudencia caminar hácia el futuro con las espaldas vueltas; pero es mayor mirar los males venideros como acontecidos y no apartar de ellos la vista. La novedad de una cosa puede escimir de inurbanidad el anuncio de una funesta noticia; pero recordar continuamente la idea de males que *todos conocen*, es el exceso de la incivilidad; fuera de que este recuerdo, á mas de ser doloroso por sí, contrista y pliega á la melancolía los sentimientos de los presentes. En esta situacion de los ánimos, la sonrisa no se atreve á despuntar sobre el lábio; retroceden cien dichos agudos y graciosos, prontos á enardecer y alegrar la conversacion. Y bien, renunciar á cien placeres por procurarse un dolor, es un cálculo de loco.

Puédese proporcionar al espíritu momentos de distraccion, fijándolo sobre objetos diversos de los habituales; puédesese embotar la sensacion del dolor,

mirando las cosas por su lado ridículo. Llámase á esto ligereza; preciosa ligereza, que nos hace sonreir en medio del dolor, y que es el rasgo característico que distingue al hombre del bruto.

Cada uno puede hallar motivos de consuelo comparándose con los que se hallan en mas triste estado; así para vivir tranquilo no hay que fijar la vista en los dichosos, sino repasar á los que son mas miserables que nosotros.

Puédese elevar el ánimo á la esperanza, mientras el vulgo se abandona al temor, considerando toda la estension de las eventualidades posibles. En efecto, el *sentimiento* de la esperanza se cambia en *fuerza fisica*, cualquiera que sea el modo misterioso con que se verifica esa trasformacion. Este fenómeno se observa hasta en los animales: el caballo cansado del viage, observando estar cercano el albergue, encuentra fuerzas para acelerar el paso.

Una bella imaginacion, una imaginacion risueña sabe hacer producir rosas á un campo aridísimo. Si es en parte un don de la naturaleza, se puede aumentar con el hábito y mejorarla con el arte.

II. Sutilezas insipidas.

Agotar las fuerzas del espíritu sobre las palabras, las cosas ó las ideas sin sacar ninguna ventaja, y escitar en el ánimo de los presentes el sentimiento penoso de la fatiga, es indisponer el amor propio con la idea de la pretension y hacerse ridículo por la

falta de acierto. Un hombre que intenta saltar mas allá de su sombra, representa ese defecto que se censura. Todas esas insulsas adivinanzas con que se quieren emplear las horas de ocio, de que no se saca otro provecho que atormentar la razon, el alambicar los conceptos, los equívocos, las contraposiciones á cada palabra, los retruécanos y otras fatigas de este género, podrán entretener á los imbéciles; mas el hombre de talento debe reservar todas las fuerzas de éste en beneficio positivo de la humanidad. Tantas cuestiones de metafísica que se hacian antiguamente sobre cosas que la razon no alcanzaba jamás, debian producir generalmente aburrimiento á los que las escuchaban, si no se interesaban en la disputa por amor propio. Un ejemplo de estas sutiles insipideces, aunque de otra especie, dió Hucio, cuando ecsaminando doctamente cuál es la postura natural al hombre entre el estar de pié ó sentado, hincado, plegado, ó paseando, despues de discutir largamente los inconvenientes á que nos esponemos de estar *continuamente* en una ú otra de estas posiciones, concluye que el estado natural del hombre es emplearlas todas *sucesivamente*. ¿Era necesario acaso que el erudito obispo de Avranches se alambicase el cerebro para probarnos esta verdad? Por esto madama Geoffrin, hablando de estos fastidiosos Cicerones, decia: "Cuando él me habla, querria yo que Dios me hiciese el favor de volverme sorda, sin darlo á conocer; por-

que así se persuadiria aquel que yo lo escuchaba, y ambos quedariamos muy contentos."

Crece el motivo de censurar las sutilezas insulsas, cuando volviéndose completamente triviales, se repiten de un lado con la pretension de novedad, con lo que se dá prueba de ignorancia, y de otro se hacen ofensivas á éste ó aquel de los presentes. El poeta Despreaux, que no estaba dotado de la paciencia de madama Geoffrin, oyendo un dia á Bourdaloue repetir las vagas analogías sobre la pretendida locura de los poetas, le dijo un poco cáusticamente: "Bien sé, mi querido padre, cuánto se dice de ingenioso sobre este argumento; pero si queris venir conmigo al hospital de locos, estoy pronto á manifestaros diez predicadores por un poeta, y vereis en todas las jaulas manos que dividen en tres puntos su discurso."

Las anteriores reflexiones no condenan el uso de proponer cuestiones ingeniosas, las cuales, respondiendole cada uno al capricho, sirven de agradable ejercicio á los espíritus por los rasgos prontos y vivaces que estallan de improviso y tal vez en elogio de alguno de los presentes. En la tertulia de la duquesa del Maine se ejercitaban los concurrentes en realzar las mas fugaces diferencias entre los diversos objetos propuestos. La duquesa dijo un dia al cardenal de Polignac: ¿Qué diferencia hay entre mí y el reloj?—Vuestro reloj, respondió el cardenal, nos recuerda las horas, y vos nos las haceis olvidar.